

LIBROS LIBROS

AÑOS DE FUGA

Mendoza, Plinio Apuleyo: *Años de fuga*. Ed. Plaza y Janés, Bogotá. 1ª edición, octubre 1979. 366 pp.

En la Colombia que vio consagrarse a grandes narradores —Isaac, Rivera, García Márquez— la figura literaria de actualidad es un periodista, Plinio Apuleyo Mendoza. Cuando frisa ya en los cincuenta años, ha ganado el concurso "Plaza y Janés" de su país, con una novela en que se enlazan el apasionante interés de la historia narrada y la maestría de su construcción, y que se ha convertido en el primer best-seller latinoamericano de la década de los ochenta. A mayor espectacularidad la lleva el hecho de ser *Años de fuga* la primera incursión de su autor en el género.

Entremezclando las funciones de testigo y de agente, Mendoza teje en ella historia reciente y vivencias de personajes en clave.

El protagonista, un colombiano que aparece bajo el nombre de Ernesto Melo, es hijo de un dirigente del partido comunista. Al fallecer éste junto con su esposa en un accidente automovilístico, vive desde pequeño la dura experiencia de la orfandad. Educado en un colegio religioso de Bogotá, marcan su niñez y su adolescencia prácticas piadosas que le resultan frías y distantes, a la vez humillaciones —como la resultante de haber concurrido al establecimiento con los zapatos rotos— que serán imborrables en su memoria.

El efervescente ambiente callejero atrae al joven poderosamente. Un líder liberal congrega multitudes con sus encendidos discursos que reclaman justicia social. Su nombre es Eliecer Gaitán. Es vilmente asesinado el 9 de abril de 1948, a las cinco de la tarde, a

escasos metros del restaurante donde se encuentran Ernesto, su hermana y Vidales, un amigo. A todos ellos conmueve la figura del líder "tendido de espaldas, en una actitud irremediable y tranquila" (pág. 339). Más visiblemente impacta el suceso a los fervorosos seguidores de Gaitán, que avanzan por las calles de Bogotá vengativos y amenazantes.

En otro enclave de historia en la novela, hallamos a Camilo Torres, el legendario sacerdote colombiano. Antiguo condiscípulo de Ernesto, se había vuelto extraño: escribía cuentos tristes y había adquirido la manía de encerrarse por horas en su cuarto. Un día anunció —primero a Vidales, el más ateo de sus amigos— que se decidiría por el sacerdocio. Dejó una carta a su madre y se despidió de su novia. Por mucho tiempo, Ernesto y el grupo de compañeros no volvieron a verlo: hizo estudios en Europa —Lovaina— y, ya ordenado, ejerció su ministerio en oscuros barrios de Bogotá. Hasta que un día sintió imperiosamente que el mayor problema del pueblo al que servía era la miseria, y se consagró con ahínco a la guerrilla, a través de la cual veía el único camino para combatirla efectivamente. Eran los primeros tiempos del sesenta. "Había estado muy cerca de él en aquella época. Le parecía que aquellas verdades elementales y fervorosas que iba predicando Camilo en plazas y teatros, vestido no ya con sotana sino con un traje negro y sobrio y una camisa negra, iban a producir en torno suyo un fenómeno de masas comparables al de Gaitán. Pero Camilo llevaba prisa; Camilo había creído en el mito del amor y la caridad cristiana, y antes de que gran número de sus amigos llegara a conocer sus propósitos se había hecho guerrillero con la misma decisión misteriosa e inquebrantable con que dieciocho años atrás se había metido de cura. Pronto se sabrá quiénes son los verdaderos revolucionarios, le había dicho una noche en el hotel Majestic de Barranquilla, durante una gira, sacándose la pipa de los

labios y mirándolo con aquellos ojos suyos, verdes y a veces tristes" (pp. 100-1).

Una tarde, mientras sonaban las campanas como llamando a rosario, los diarios anunciaron con grandes titulares la muerte de Camilo. Ernesto lloró, no sólo por su compañero, sino porque algo había muerto dentro de sí mismo. Por primera vez pensó en huir lejos de aquel mundo que sentía como aplastante, que molía o despedazaba a tiros. ¿Qué había pasado? El movimiento revolucionario al cual pertenecían Ernesto Melo, Camilo Torres y toda la pléyade de amigos, estaba infiltrado por fuerzas foráneas antirrevolucionarias, minado en su base. Constituía un peligro permanecer en Bogotá. Se incorporó a un charter organizado por la Alianza Francesa y se dirigió a París.

Allí la supervivencia le resulta muy difícil, pero algunos trabajos de traducción, escasamente remunerados, le permiten por lo menos subsistir. Latinoamericanos que habían sido azotados en sus países por experiencias similares, se reúnen periódicamente en fiestas nocturnas donde proliferan el alcohol, la marihuana y el ejercicio sexual.

Un día claro y frío a fines de invierno, conoce a una muchacha colombiana —de Cartagena— María. Era pulcra, frágil, muy linda, con un traje gris y una gabardina enrollada en el brazo. Su cara era de rasgos delicados; los ojos, oscuros y grandes. Al sonreír, se le formaban hoyuelos.

Se encuentran después en numerosas oportunidades. En largos paseos por París, María le confía las alternancias de su matrimonio fracasado. Oyéndola, "él (Ernesto) había llegado a sentir el peso de aquella vida asfixiante que había sido la suya... él (Ernesto) había empezado a experimentar hacia ella una especie de ternura profunda, casi paternal... Púdicamente la esperaba todas las mañanas en la recepción del hotel, sin subir a su cuarto; púdicamente la depositaba por las noches en el mismo lugar... Somos hermanos,

le había dicho ella (María) a un músico argentino que una noche... les preguntó acerca del parentesco" (p. 39).

Sobrevino la convivencia y, después de un tiempo, el intercambio total, pero sin una fusión completa de anhelos y de propósitos comunes.

La vida de Ernesto gira en torno a ciertos hitos: sus ímpetus revolucionarios, sus aventuras eróticas y su vida con María. Los primeros sólo se entienden en el recuerdo, que siempre está y que aflora espontáneamente en las reuniones de amigos. No puede olvidar su militancia en el M.R.L. —del cual fue uno de los fundadores— ni en el E.L.N. —donde, importante activista, fuera testigo de la llegada de Fidel Castro a La Habana y total solidario de su destino— experiencias todas que en París son ya pasado. Siente que debe "romper con un pasado que era herrumbre y derrumbe" (p. 25).

En el presente se encamina hacia esporádicas conquistas que lo atraen y lo distraen. Oona, la mujer de Lenhard —profesor de antropología y amigo suyo— se acostaba con los mejores amigos de su pareja, incluido Ernesto, quien dice de ella: "fría, desaliñada, atractiva"... tenía el cuerpo duro y ágil como el de una muchacha que juega tenis. Otra de las escogidas es Minina, una muchacha barranquillera provista de un "busto que se marcaba rotundo bajo la blusa". Había estado con ella en Chile cuando se produjo el pronunciamiento militar, y mantenido la convivencia por un período no muy largo. Con Julia —una muchacha de veinte años, hija del matrimonio Azuola, ambos españoles— Ernesto compartió gratos momentos en Mallorca. Con Cristina se había divertido una vez en el Katmandou. También fue ocasional su contacto con Jacqueline, de ojos muy claros, más claros que el tono tostado de su cutis, a la que evoca "liando un cigarrillo de hashich" (p. 43).

Ernesto experimenta cambios de humor. Por una parte, lo agobia un sentimiento de culpabili-

dad, y por otra lo oprime la total dependencia con que María se sitúa respecto a él. Julia, una de las muchachas con quien se entretiene a veces, dice de ella: "es como una arañita que te envuelve en su tela... La quieres como un buen papá y eso no es amor" (p. 163). Ernesto reconoce: "María soy yo, tal como era cuando niño... yo no puedo dejar a María" (p. 227).

Generación de fracasos

Herida por el continuo deambular erótico de Ernesto, María lo deja por Bernard, un francés divorciado que trabaja en la bolsa y gana mucho dinero. El apoyo y el bienestar económico que Bernard le brinda no le evitan sumirse en continuas depresiones, que finalmente la conducen al suicidio. Ernesto recuerda a María: "Estaba desnuda. Tenía la cabeza apoyada en la almohada, junto al horno de gas abierto. Los ojos parecían muy oscuros y tenía espuma verde en la boca... murió en el hospital" (p. 316).

La vinculación de Ernesto con María confiere trabazón al relato, que gracias a ello alcanza organicidad. Porque la narración ha sido concebida a saltos, pasando a través del recuerdo por vivencias de la infancia y juventud, a luchas por la liberación social de los bogotanos, a conquistas femeninas de corta duración. La novela es, de principio a fin, un juego de relatos, que el lector —insuficientemente motivado— sigue con dificultad.

Tal fragmentarismo en la disposición parece correr a parejas con el desorden moral que en sí reconoce el protagonista, hacia el final: "Todo los cambios importantes de su vida... se habían decidido así, de manera intempestiva, casi insensata; no sabía hacer las cosas de otra manera" (p. 318).

La acción se ambienta en lugares diferentes: en Bogotá, donde Ernesto crece y adquiere el sentido de la lucha por los más desamparados; en París, donde transcurre la mayor parte de su exilio ("París es libertad, tomémosla a dos ma-

nos. Ventilemos el alma"... p. 216) y cuya soledad desconcierta (París siempre había sido así, gente muy próxima a uno desaparecía de repente, durante años, y reaparecía de improviso sin que uno dejara de ser su amigo; nada allí era estable"; p. 212), aunque es la capital de América latina, un lugar de encuentro de sudamericanos a quienes por alguna razón les resulta imposible vivir en su propio país; en Mallorca, dentro de la que alcanza estabilidad en un pueblecito de nombre Dejá, un lugar idílico, oasis en el rigor del exilio: "avanzaban en medio de aquella paz de olivos y cipreses y viejas casas de piedra con ventanas azules, los envolvía un sopor de placidez como el zumbido de una mosca a la hora de la siesta" (p. 47).

Mendoza maneja en *Años de fuga* todos los elementos de la novela del siglo veinte: el monólogo interior, la profundización psicológica de los personajes y la diversidad de planos temporales, sin caer en ningún momento en el ruralismo que suele aquejar a ciertos narradores latinoamericanos. Ello puede contribuir a explicar que ya más de veinte mil ejemplares de ella circulen en su país, en Venezuela, en España y en otras naciones.

Con algunos momentos de ficción, su historia en cierto modo es autobiográfica, compuesta fundamentalmente de vivencias, lecturas y recuerdos del autor.

En el personaje central se advierte una nota de continuo escepticismo, alimentado por varios acontecimientos: la muerte de algunos de sus líderes —Gaitán, Camilo Torres— el fracaso de las ilusiones creadas por la revolución cubana y por el gobierno de Allende. Confirmando el hilo que lo liga vitalmente al protagonista, Plinio Apuleyo Mendoza dijo, en entrevista concedida al diario *El Nacional* de Caracas (8 de abril de 1980): "Pertenezco a una generación golpeada por tres grandes fracasos".

Betty Rojas de Livacic